

mento histórico e ideológico y la acercan a un público más o menos amplio de estudiosos o de aficionados a la obra sacramental calderoniana, al teatro del Siglo de Oro, o al teatro en sí mismo.

ADRIANO DUQUE
University of North Carolina
Chapel Hill

ANA MARGARITA MATEO PALMER y LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ, *El Caribe en su discurso literario*. Siglo XXI Editores-Estado Libre y Soberano de Quintana Roo, México, 2004, 226 pp.

“El presente estudio trata, en lo esencial, de reflexionar libremente acerca de la cultura del Caribe” (p. 9): con esas palabras inician los autores de este libro el examen de un espacio que ha permanecido, con demasiada frecuencia, a la sombra en el campo editorial y el académico, donde no se le suele tomar en cuenta al establecer puntos comunes y ensayar historiografías que sistematicen el quehacer cultural y literario de esa región geográfica denominada América Latina y el Caribe. Y es que el Caribe, frontera unida en la diversidad y la dispersión entre Europa, África y América, entre América del Norte y América del Sur, parece resistirse por su complejidad a los intentos de sistematización en el campo de la historia y en el de la creación literaria y artística. Conocedores de las dificultades metodológicas y los fracasos en los intentos de historiar la región, los autores de este trabajo afirman que “el sueño dorado de todo investigador del Caribe es poder trazar, de manera coherente, exhaustiva e iluminadora, una imagen de lo homogéneo perdurable de la región” (p. 72). Debido a los problemas metodológicos que enfrentan los investigadores para sistematizar un mundo atrapado en la diversidad, con fronteras difusas, lenguas y etnias múltiples, que se nos impone como un universo caótico, usualmente se recurre a la antologación de trabajos vinculados a una u otra disciplina, pero independientes entre sí.

Resultado de años investigación por parte de sus autores, *El Caribe en su discurso literario* revela una propuesta de mayor madurez. El libro inicia, en los tres primeros capítulos, con una discusión, sin duda imprescindible, acerca de los problemas teóricos y metodológicos que entraña acercarse al sistema cultural caribeño. Margarita Mateo y Luis Álvarez proponen ver la cultura del Caribe “en tanto objeto complejo, a la vez espiritual y material, con la noción de objeto fractal alcanzada por la matemática y la física contemporáneas” (pp. 10-11). La característica más importante del objeto fractal es que él mismo “puede ser subdividido en partes infinitas, las cuales conser-

van en esencia una relación de similitud con el objeto íntegro” y cada una de estas partes contiene “una imagen de sí mismos en cada uno de sus componentes” (p. 11). Así, el análisis de un objeto fractal debe permitir que se reconozcan o se puedan identificar elementos esenciales del conjunto.

Uno de los problemas metodológicos fundamentales que se señala es la imposibilidad de desarrollar, para el Caribe, una perspectiva basada en el punto de vista historicista, pues los desbalances en el proceso histórico de la región, en cuanto a poblamiento, desarrollo político-económico, procesos independentistas o carencias de ellos, fundación de universidades e instituciones culturales, se erigen como obstáculo para establecer una periodización común a todas las islas. Otros factores contextuales que deben tenerse en cuenta son la “pluralidad de lenguas, como de metrópolis” (p. 41), pues “el macrosistema de la cultura caribeña es, por definición, plurilingüe” (p. 47). Como bien hacen notar sus autores, esta pluralidad de lenguas no está ligada sólo a la diversidad de metrópolis (España, Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, etc.), sino a la pluralidad étnica, pues, en su proceso histórico, las islas se han ido poblando con africanos, chinos, hindúes, indonesios, sirios, árabes, hebreos, cuya presencia, además de generar múltiples contactos y préstamos interlingüísticos, complica, con mucho, el problema cultural que ya provoca, de por sí, el colonialismo y la esclavitud.

Por otra parte, la diversidad de metrópolis no sólo alcanza su existencia en el espacio en relación con las diversas islas y su periferia, sino en el tiempo, pues algunas de ellas, como Trinidad y Tobago, Tortuga y Jamaica han pasado de manos de España a Inglaterra, y viceversa. Procesos históricos como estos generan “una sensación psicológica de transitoriedad permanente, de no estabilidad política” (p. 42). Por último, los autores intentan esclarecer la delimitación geográfica de lo que puede entenderse por Caribe, toda vez que la historia ha ido variando especialmente sus espacios periféricos (norte de Brasil, Nueva Orleans, la Florida, etc.), si bien su epicentro lo componen las islas. Para ello proponen un útil y dialéctico esquema histórico variable, que constituye uno de los aportes de esta propuesta.

Resueltos los problemas metodológicos fundamentales, Margarita Mateo y Luis Álvarez identifican esos elementos esenciales del conjunto que permiten apreciar el Caribe bajo el prisma de lo fractal a partir de la iteración, “la recurrencia de elementos como constituyentes del objeto fractal” (p. 12), y los analizan en diversas obras de la literatura caribeña, en especial del siglo xx: 1) insularidad, 2) raza, 3) mitos, 4) migraciones y viajes, 5) música y bachata, baile y choteo, 6) identidad y tendencia neobarroca.

La *insularidad*, primer rasgo, parte de una condición de carácter geográfico que procura al habitante del Caribe una peculiar cosmo-

visión del ser y el mundo, una mentalidad, una actitud ante la vida y una manera de encarar el cosmos. Por ello, “la insularidad es en el Caribe también una conformación de la perspectiva de la identidad caribeña [que] incluye la visión del mar, de la noche antillana, de la percepción del entorno fulgurante en que las islas y el mar se confunden en un solo paisaje estremecedor” (p. 81). Los autores destacan la relación entre insularidad y utopía, la imagen de la isla como paraíso, motivo preferente de la poesía caribeña, pero también la condición paradójica de la isla en tanto imagen de la prisión, del encierro, de la maldición. Estas variables proyecciones de lo insular atraviesan los textos de escritores tan distintos entre sí como Dulce M. Loynaz, Emilio Ballagas, Jean Rhys, Virgilio Piñera, Derek Walcott y Saint John Perse, entre otros.

El segundo elemento iterativo es *la raza*. Cuando se habla del Caribe se piensa en la herencia africana, pero en verdad se trata de una región multiétnica donde han confluído inmigrantes de los más diversos lugares y culturas del mundo. Como bien señalan los autores, “el tema racial en el Caribe es sobre todo un tema interracial” (p. 104). Sin embargo, en la cultura de la región predomina el tema negro que alcanza su momento más importante en el ámbito literario con el negrismo, cuya propuesta estética y diferencias con la negritud se privilegian en el análisis de ese aspecto.

El tercer elemento es la presencia de *los mitos* que se impone al Caribe desde la mirada de Colón en el “descubrimiento”, al ser percibido como “la patria natural de los mitos de la cultura europea” (p. 128). A esta visión mítica de las islas como espacio de la utopía, habría que añadir los mitos originarios de los arawacos, así como los mitos que confluyen en su espacio desde diversas procedencias: los africanos, los hindúes, otros europeos o de procedencia occidental como la judeocristiana, etc. El mito será un componente esencial de la literatura caribeña, signo de su identidad, como puede apreciarse en las obras de Wilson Harris, Lezama Lima, Maryse Condé, Jacques Roumain, Carpentier, Jan Carew, Veloz Maggiolo, entre muchos otros escritores, así como en el rico acervo de la oralidad y creencias populares.

El cuarto elemento lo integran *las migraciones y los viajes*, pues el Caribe tiene su origen en las migraciones, en su mayoría forzadas violentamente. Los viajes entre islas, así como de las islas a las antiguas o aún actuales metrópolis, o a otros países del primer mundo como un medio de supervivencia, es tema que atraviesa toda la literatura caribeña, ligado al problema de la identidad y el exilio. La añoranza, la imagen idealizada de la isla, el sentimiento divisorio del alma, el drama de la pertenencia, el sueño del regreso cobran forma en una poética distintiva que da un sentido de conjunto a la obra de autores tan disímiles como V. S. Naipul, José Martí, George Lamming, Pedro Juan Soto, Lourdes Casals y Aimée Césaire, entre muchos otros.

Música y bachata, baile y choteo es el quinto elemento de esta percepción fractal del Caribe literario. Cuatro manifestaciones culturales que, a juicio de los autores, conforman la peculiaridad psicosocial del caribeño, y constituyen también “un arma de defensa, una *ultima ratio miserum*, única respuesta posible de los desposeídos –y a veces no sólo de estos– frente a situaciones de violencia irracional, de despotismo absoluto” (p. 174). La presencia de lo carnavalesco y la fiesta popular se adueña de la literatura caribeña en lenguaje e imágenes, así como por medio de la carnavalización de diversos mitos, como lo hace Palés Matos en *Tuntún de pasa y grifería*. En el Caribe, el discurso literario convoca al carnaval “como ámbito a la vez de la intensidad, el erotismo y la desesperación” (p. 194).

Identidad y tendencia neobarroca es el último elemento desde el que estos investigadores proponen acceder a la literatura del Caribe, resumen y proyección de cada una de las características anteriores que aparecen como motivos, temas, estrategias comunes en varios de los escritores de las diversas islas. Las formas barrocas del arte caribeño están orientadas hacia la expresión de la identidad, como lo demuestran los autores en el análisis de las obras y propuestas de sus más importantes teorizadores modernos: Lezama Lima, que lo interpreta como discurso de la contraconquista; Alejo Carpentier, que lo propone como una constante humana, y Severo Sarduy, que destaca el intenso dialogismo del espacio caribeño devenido en una también intensa carnavalización. El barroco caribeño, según lo percibió Sarduy, es expresión del cruce de culturas, mitos, lenguas, razas, ritos, cocinas, definitorios del espacio caribeño. Si el universo no centrado define el barroco histórico, ese no centramiento, esa fragmentación, esa diversidad contradictoria se revela como la identificación y expresión de nuestra cultura y nuestra literatura.

Ya Antonio Benítez Rojo –como reconocen Mateo y Álvarez– en su clásico ensayo *La isla que se repite* había apuntado esta relación entre el Caribe y la matemática fractal, y aunque no se detiene conceptualmente en esa propuesta, su propio análisis, más tendiente a la explicación del caos, lo toma indudablemente como fundamento. La propuesta de Margarita Mateo y Luis Álvarez, iluminada por el texto de Benítez sin prolongarlo, se dirige a la necesidad de sistematizar lo que se revela como un caos a partir de una serie de motivos que se reiteran una y otra vez en la literatura del Caribe, diversificando sus expresiones. En el fondo, se percibe la voluntad de resolver un problema historiográfico sin regirse por modelos comunes, por eso se proclama una ruptura con el análisis lineal y periódico de la literatura. Así, *El Caribe en su discurso literario*, sin abandonar lo ensayístico, ni formular un esquema estrecho, procura establecer un sistema analítico donde fructifique con libertad la interpretación de la literatura caribeña.

Si volvemos a los elementos que, a juicio de los autores, definen la perspectiva fractal de la literatura del Caribe, se puede percibir que en cada uno de esos temas, tópicos, motivos, están presentes la historia, la geografía, la cultura, la memoria, y todos, en síntesis, confluyen en lo barroco como expresión. Se trata de una propuesta de análisis que tiene en cuenta lo histórico sin establecer una relación directa entre la sucesión de hechos y los textos: es decir, el análisis no se rige por lo histórico, sino por lo estético, función primordial de la obra literaria como signo, reconocida por los investigadores. En esa perspectiva, *El Caribe en su discurso literario* se revela como una propuesta que puede ser fructífera, al encarar la literatura caribeña desde las estrategias y recursos literarios que permiten en su totalidad referirse a ella como un sistema cultural.

MAYULI MORALES FAEDO

GABRIEL CACHO MILLET, *El último Borges*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.

Quienes alguna vez conocieron a Borges, siquiera de manera fugaz, u oyeron alguna conferencia hoy siguen sacando a la luz testimonios inéditos, muchos de los cuales son reveladores por los documentos presentados y otros porque exploran nuevas vetas interpretativas. Más allá de los documentos testimoniales, también el *corpus* borgeano sigue *creciendo*, como lo demuestra el tercer tomo de los *Textos recuperados*, aparecido a finales de 2003.

En esta ocasión me interesa comentar *El último Borges*, de Gabriel Cacho Millet, libro por demás necesario, pues se enfoca en los últimos años de Borges; se trata de un texto misceláneo que no se queda en la anécdota desnuda, sino que está sustentado en documentos de primera mano: ya una corrección autorizada, ya una carta, ya una nota, todas marcas de la vida fecunda de Borges, sirven a Cacho Millet para ilustrar, primeramente, su relación amistosa con el poeta y, en segundo término, para destacar asuntos ignorados por la mayoría de los biógrafos de Borges y, acaso más meritorio, para burlar la amenaza de la porosidad de la memoria: “Sabido que al cabo de los años la memoria puede fácilmente convertirse en fantasía, me detuve a cotejar aquellas astillas perdidas del recuerdo con algunos papeles no alcanzados todavía por la mano de ningún biógrafo” (p. 11).

En “Borges corrige a Borges”, práctica común en el autor, Cacho Millet cuenta cómo sirvió de intermediario entre una editorial italiana y Borges para publicar un poemario inédito de éste; proyecto, al parecer, inconcluso. Era el momento en que la crítica italiana, profana